

OBSESIÓN

DAVID TRIVIÑO

Todos los derechos reservados

Safe Creative

Código de registro: 1710154570807

Fecha de registro: 19-oct-2017 15:40 UTC

ISBN: 9781794341746

Segunda edición

Todos los personajes y eventos de esta novela son ficticios, cualquier similitud con la realidad es una coincidencia.

Prohibida la venta y la reproducción total o parcial en medios impresos o digitales de la totalidad o de partes de esta novela sin la previa autorización del autor.

Diseño de cubierta: David Triviño

Web del autor: <https://dtrivinyo.wixsite.com/escritor>

Fotografía de la portada libre para el uso: www.vintag.es

© Haikus de cada autor.



*Para mis padres, sin los que yo no estaría aquí, ni sería quién soy.
Para J, sin la que nadie habría leído estas palabras.*

OBSESIÓN

Del latín *obsessio*, *-ōnis* 'asedio'.

1. *femenino*. Perturbación anímica producida por una idea fija.
2. *femenino*. Idea fija o recurrente que condiciona una determinada actitud.

Prólogo

Desde los cincuenta metros de altura de las cataratas del Niágara el mundo se veía diferente. Con la grandeza de la naturaleza a mis pies, me había sentido insignificante. En la presa Hoover, en cambio, con sus más de doscientos metros construidos por el hombre, lo único que sentía era repugnancia. Hacia el ser humano y hacia mí mismo.

La presa era una construcción faraónica y en un pasado me habría impresionado, pero ya no. La decisión que me veía obligado a tomar era imposible así que, por fin, había reunido el valor para quitarme la vida.

Cogí la barandilla con las manos, apoyándome y utilizando toda mi fuerza para levantarme.

A pesar de mi fracaso para cortarme las venas en el pasado, sabía que sería capaz de lanzarme al vacío por dos razones: saltar la barandilla requería una pasividad que me iba perfecta; y por fin sabía lo que era ser feliz y lo había perdido.

El pequeño empujón que me había faltado todos aquellos años habían sido las palabras de Lily, que repetía en mi cabeza: *si tan mal estás, tienes dos opciones: cambiar tu vida o terminarla*. Tenía razón y no podía culparla.

Me balanceé para terminar con todo y oí unas risas.

‘Mira, nena, este es el mejor lugar de Las Vegas. La muestra de lo que es capaz el hombre... Con un poco de suerte, esta noche descubrirás de lo que es capaz este hombre...’

Otra risotada. Era una risa estúpida, aguda, parecida al sonido que haría un conejo si lo desollaran vivo. Un escalofrío recorrió mi cuerpo.

Ni siquiera podía matarme en paz. Pensé que era la última broma del destino hasta que me volví a sentar en la silla y vi quién era el

tros de ancho, pero era perfectamente capaz de reconocer a Triple J, como le llamaban.

Triple J era el hombre que había arruinado mi vida, quitándome lo único que me podía haber llevado por otro camino. Al verlo, decidí cambiar mi vida por la suya.

Al fin y al cabo, qué significaba una muerte más. Había matado a más de veinte personas desde que había llegado a Las Vegas, pero solo una había importado. El resto eran meras ejecuciones por obligación. La vida de Triple J sí me importaba. O, mejor dicho, que dejara de tenerla. Quizás la venganza era justo lo que necesitaba para cambiar, para mirar de una vez hacia adelante.

Decidido a descubrirlo, me dirigí hacia ellos despacio, sin prisa, saboreando el giro que había dado la situación. Triple J no pareció reconocerme y me aproveché de ello.

Grité para ahuyentar a la mujer:

‘¡Eh! ¿Qué hacéis aquí? ¡Hijos de puta! ¡Os mataré!’

La mujer dio un pequeño salto y oí a Triple J en su mejor papel de macho:

‘Ve al coche, Rachel. Yo me encargaré de este imbécil y podremos seguir nuestra fiesta en el hotel.’

Evidentemente, Rachel hizo lo que ordenaba Triple J y continué avanzando:

‘¡Mejor que te vayas si no quieres enfrentarte a mí! En tu estado no lograrías nada. Estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo pacífico.’

Conocía muy bien las artimañas de Triple J para salirse con la suya. Era exactamente lo que había sucedido en el pasado, lo que había cambiado irremediablemente mi visión de la justicia y mi futuro.

Estábamos tan cerca que me extrañó que aún no me hubiera reconocido cuando sacó un fajo de billetes de su americana. Era su marca registrada, su forma de hacer que todo se olvidara.

De repente, su mirada cambió.

Me había reconocido y debía actuar rápido. Aceleré y ejecuté mi venganza. Me impulsé hacia él, aproveché mi inercia, lo desequilibré y cayó por encima de la barandilla.

El hijo de puta estaba muerto y mi venganza me permitía una prórroga. Quería disfrutar el tiempo que durara aquel sentimiento de victoria, al que estaba tan poco acostumbrado y ver si lograba cam-

biarlo todo de nuevo.

Subí como pude a la silla y oí un susurro, como un gruñido.

Triple J se aferraba a la vida cogido en la barandilla. Mejor, así podría mirarle a los ojos mientras acababa con su vida y sabría lo que se avecinaba. Por una vez, la realidad parecía ayudarme.

Me asomé y lo miré a los ojos.

‘No lo hagas. Siento mucho lo que sucedió... de verdad... Si me ayudas te diré algo que lo cambiará todo... No puedes ni imaginar—’

‘A mí ya me has cambiado demasiado.’

Golpeé su mano derecha para que se soltara y fue incapaz de aguantar su propio peso. Observé cómo caía, mucho más lento de lo que había imaginado, como si mi cerebro procesara la escena como quien saborea un buen whisky.

Cuando la oscuridad se lo tragó, me marché. Al abandonar la presa no vi ningún coche y sonreí pensando en la falta de lealtad de Rachel hacia Triple J. Continué mi camino con una sonrisa en la cara, convencido de que lo sucedido iba a cambiarlo todo.

No era feliz, pero me sentía orgulloso de haber matado a Triple J. El alcohol me envalentonaba pero sabía que debía marcharme cuando antes para que no me asociaran con lo sucedido. Por una vez, mis instintos acertaron más de lo que podría haber imaginado.

Miré a las estrellas y respiré hondo. El aire era fresco, ideal para un paseo nocturno en mi Invacar. Bebí un trago de mi petaca para celebrarlo, arranqué y puse rumbo a la ciudad conteniendo mis ganas de vomitar.